

Siria, la esperanza rusa

Carlos LARRINAGA

Historiador

Mucho se está hablando últimamente de la presencia rusa en Siria para brindar su apoyo al régimen de Bashar Al-Asad, en serios apuros ahora mismo. Desde el comienzo de la guerra civil en ese país hace más de cuatro años, Moscú siempre ha estado del lado de Damasco, al igual que Irán y las milicias armadas del partido Hezbolá del Líbano. No en vano estos tres han constituido sus puntales desde el principio, aunque en el campo de combate sólo estas últimas hayan prestado verdadera ayuda. Los otros dos aliados se habrían limitado al envío de armamento, que no está nada mal, si bien no ha sido suficiente para frenar el avance de los yihadistas. Según fuentes israelíes, controlarían unas tres cuartas partes del territorio sirio. Lo que, evidentemente, ha encendido todas las alarmas, ya que la amenaza sobre la capital y la franja costera es inminente, en especial, desde la caída de Palmira. De esta histórica ciudad parten dos carreteras muy importantes para acceder a esa zona dominada por Al-Asad. Tal es así que, a la base naval que la Armada rusa posee en Tartús, se añade ahora una segunda en Latakia. Bajo mi punto de vista, esta iniciativa es acertada, dado que, de lo contrario, se corre el riesgo de que la totalidad de Siria caiga en manos de los secuaces del Estado Islámico. Por tanto, este reforzamiento de la Marina rusa en el litoral está abriendo nuevas perspectivas de intervención, como observamos en los actuales bombardeos.

En efecto, si los asesores militares iraníes llevan trabajando tiempo con las tropas iraquíes para tratar de poner coto a los desmanes de los terroristas del EI, ahora son los asesores militares rusos quienes están en suelo sirio para reforzar las posiciones del Ejército del Asad. Un Ejército que, desde la mencionada caída de Palmira, sufre enormes dificultades para impedir el adelanto de los yihadistas. Por eso, en mi opinión, la concurrencia militar rusa supone una buena noticia. Como se está viendo en las provincias conquistadas, la alternativa al presidente sirio es, sin duda, descartable. La barbarie ejercida por los seguidores del denominado Califato Islámico es la peor de las opciones posibles. Veo, por consiguiente, muy positivo ese recién creado órgano de cooperación ubicado en Bagdad por los gobiernos de Irak, Irán, Rusia y Siria para coordinar sus operaciones militares en su decidida cruzada contra el EI. Puesto que, como se ha comprobado hasta la fecha, los ataques aéreos de la coalición encabezada por Washington son insuficientes. El objetivo deseado no se ha conseguido, pese a cumplirse el primer aniversario de estas operaciones. Presumo que a los Ejércitos regulares de Irak y Siria y a las brigadas kurdas y de Hezbolá habrá que añadir finalmente nuevos efectivos de infantería que sean capaces de socavar el poder que en estos momentos tiene el Califato. A su vez, la estrategia estadounidense de crear un cuerpo bien instruido entre los rebeldes sirios tampoco ha dado sus frutos. Se impone, de esta forma, que la Administración norteamericana introduzca serios cambios en su actuación militar y política si no queremos que la situación se deteriore progresivamente.

En consecuencia, no entiendo la postura de Barack Obama en su reunión con Vladímir Putin el pasado lunes 28 de septiembre, negándose a cualquier tipo de colaboración mientras se mantenga Al-Asad. Es una irresponsabilidad que lo único que genera es más muertes y exiliados. Y, sobre todo, si lo hace por tratar de restar protagonismo a Putin por su actuación en Ucrania. Con unos 240.000 fallecidos, unos 4 millones de huidos y unos 6,5 millones de desplazados dentro de sus fronteras, el panorama en Siria es desolador y urge tomar medidas sin demora. ¿Acaso no impactan las imágenes de miles y miles de sirios llamando a las puertas de Europa? Este continente no está preparado para acoger tal número de inmigrantes, habiéndose abierto una auténtica brecha diplomática respecto de las cuotas de admisión. Desde luego, está muy bien apelar a la generosidad con estas pobres gentes, pero ésa no es la solución y cualquier líder medianamente sensato lo sabe. No es extraño que hasta la propia Angela Merkel haya mencionado la opción de sentarse a hablar con los diferentes actores de la región, incluido Bashar Al-Asad. El problema está en cuántos meses van a seguir perdiendo hasta comenzar las conversaciones de paz, porque parece que no tienen ninguna prisa. Por de pronto, han malgastado prácticamente dos años sin hacer nada. Cuando en

noviembre de 2013 se firmó el acuerdo de Ginebra, por el que el ejecutivo de Damasco se comprometía a no usar armas químicas, se planteó la posibilidad de entablar negociaciones encaminadas al logro del fin de la conflagración. Hasta ahora.

De ahí que la llegada de soldados rusos a Siria pueda abrir una nueva oportunidad de batallar al EI tanto en el frente militar como en el político. Es aquí donde al mandatario ruso no le falta razón: hay que entenderse con Al-Asad para derrotar al yihadismo. Lógicamente, sería deseable que tarde o temprano se sumasen otras potencias. Para lo cual habría que dejar en la gatera los recelos que pueda inspirar Putin y tener altura de miras, pues, en definitiva, nos jugamos mucho. Algunos analistas argumentan que lo que pretende es fortalecer su posición en el Mediterráneo Oriental y en el Próximo Oriente o incluso lavar su imagen en la cuestión de Crimea. No lo sé, pero sinceramente ahora poco importa. Hay cosas más urgentes de las que ocuparse. De suerte que si se está viendo que Obama es incapaz de liderar un proceso político-militar que ponga freno a la sangría que se vive en Siria e Irak, habrá que apoyar a otros dirigentes internacionales que estén por la labor de resolver el problema cuanto antes. Y es que a veces me da la sensación de que algunos mandamases se encuentran fuera de la realidad, encerrados en sus torres de marfil. Sea como fuere, el plan militar ruso debe complementarse con un diálogo político con Damasco, para más adelante pensar en una transición y un programa de reconstrucción económica ineludible. En la Siria postbélica se necesitará una fuerte inversión no sólo en infraestructuras y edificios, sino también en rearme social y moral. De no ser así, me temo lo peor.

1 de octubre de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 7 de octubre de 2015, p. 22